

sultado con profusión. De él han podido extraer numerosas copias de arriendos de los que se tenían noticias por fuentes indirectas, pero de los que no se poseía la redacción completa. El Archivo Municipal de Madrid también ha aportado una notable cantidad de documentos no sólo por la riqueza de sus fondos, sino por ser uno de los mejor conocidos por estos investigadores, que vienen trabajando en él desde 1951.

Finalmente, este *corpus* documental queda completado con algunas aportaciones fragmentarias, pero interesantes, que proceden de la Biblioteca Nacional.

Toda esta documentación constituye una fuente inédita y de primera mano para los estudiosos que abordan temas relacionados con el teatro de la época. Complementa, además, la presentada en anteriores volúmenes de la colección (III, IV, V, VI y XI), que aportaba más detalles sobre los pregones, posturas, pujas, mejoras y remates de los arriendos, pero que se presentaba de una forma menos sistemática.

Por tanto, valoramos esta obra como una valiosa continuación de la tarea emprendida por los autores y en la que fundamentalmente siguen pretendiendo proporcionar, a todos aquellos que se sientan interesados en alguna medida por la comedia española, un catálogo del contenido de los principales fondos documentales, con el texto completo en la mayor parte de los casos, o, al menos, con un resumen de los papeles más importantes que existen sobre el particular.

Pero con ser muy valiosa para los investigadores del teatro de esta época, puede resultar muy interesante para aquellos que realizan estudios de índole social o económica, pues aporta numerosos detalles sobre el estado de la economía en general, sobre los períodos en los que la crisis económica se agudiza, o sobre los mecanismos extraordinarios a los que se acudía en estos casos y que tenían que ver mucho más de lo que podemos creer con los sistemas financieros habituales de la época.

Finalmente, el trabajo incluye un catálogo de arrendadores, fiadores y precios que abarca todo el período estudiado, y dos índices, uno de obras citadas en los documentos y otro de nombres y lugares, lo que agiliza notablemente la búsqueda de datos puntuales.

Carmen SANZ AYÁN

AGUILAR PIÑAL, F.: *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros*, CSIC, Instituto de Filología, Madrid, 1987.

Con el propósito de «deshacer repetidos errores y reivindicar para la Historia de la Ilustración en España a uno de sus más cualificados representantes» (página 13), Francisco Aguilar Piñal realiza una incursión parcial en el género *biográfico* y nos ofrece un espléndido trabajo sobre la vida y la obra de Cándido María Trigueros de Lara y Luján, escritor hasta

ahora escasamente conocido y cuya producción se ha visto injustamente desvalorizada por la crítica literaria. No haría falta más que repasar algunas de las principales obras de Historia de la Literatura, comenzando por Simonde de Sismondi (1813) y continuando con Alcalá Galiano (1845), Ticknor (1849), Menéndez Pelayo (1883), Cejador (1917) y Hurtado y Palencia (1921), hasta llegar, por fin, a Guillermo Díaz-Plaja (1957), Díez-Echarri y Roca Franquesa (1960), para comprobar hasta qué punto la literatura española del siglo XVIII ha sufrido una descalificación global. En este contexto, las referencias a Trigueros y su obra, en algunos casos completamente inexistentes, no dejan de ser incompletas, cuando no erróneas, y van acompañadas, casi siempre, de consideraciones críticas negativas.

Aguilar Piñal rechaza estos prejuicios de herencia decimonónica, proponiéndose, en clara oposición a ellos, combatir «... la indolencia acomodaticia de los críticos posteriores, que prefirieron seguir el camino más cómodo, sin tomarse el trabajo de hacer una crítica original, basada en la investigación y en la lectura atenta de los textos» (p. 17). Esta postura, afortunadamente compartida por algunos autores actuales, es la que le inspira en su intento de dar a conocer la producción escrita de Trigueros, en función de la cual, y por imperativos metodológicos evidentes, va a recoger previamente los rasgos más característicos de su biografía.

No es éste el personaje oscuro o mediocre que la historiografía contemporánea ha caracterizado. Cándido María Trigueros se manifiesta al lector de este libro como un convencido defensor del conocimiento verdadero que, paralelamente preocupado por contribuir al progreso de su nación, va a desarrollar una incansable actividad científica y literaria. De espíritu enciclopedista y antiescolástico, nunca se apartó de la moral cristiana, sino que, al contrario, intentó defenderla y potenciar su difusión. Fue lector infatigable de obras clásicas y modernas, dominaba a la perfección el griego, italiano, inglés y francés, tal como demuestran sus traducciones, y acumulaba amplios conocimientos de latín y de lenguas orientales lo que, unido a su manifiesta defensa del uso del castellano, le acaba descubriendo como significado filólogo y justifica su inclusión entre las autoridades que, en relación con el empleo de esta lengua, la Real Academia Española reconoce en 1874. Su insaciable curiosidad le llevó, incluso, a interesarse y trabajar en temas científicos, campo al que contribuye con el descubrimiento de varias especies botánicas y la realización de diversos trabajos sobre economía agraria.

Todos estos méritos se deben sumar a la valoración de su obra literaria, una producción con aires de novedad que, a pesar de no cosechar excesivos éxitos, pone en evidencia sus deseos de utilidad pública y de servicio a la monarquía ilustrada. Este hombre, a la vez traductor, novelista, dramaturgo, refundidor y poeta, fue el iniciador de la poesía filosófica (1774), autor de la primera tragedia representada en España desde hacía dos siglos (*La Necepsis*, 1763), de la primera comedia neoclásica (*El mísero y el*

*pedante*, 1763), de la primera comedia escrita en prosa (*El precipitado*, 1773), escritor de poemas en los que recupera conscientemente las improntas poéticas de nuestro siglo XVI (*Poesías de Melchor Díaz de Toledo*, 1776), editor de una parte del Poema del Cid (1775), y el más antiguo refundidor de Lope de Vega (1785).

Estos datos compendian brevemente la orientación y el valor de la trayectoria profesional de Trigueros en el campo literario, pero no reflejan con justeza la variedad y amplitud de sus otras actividades, que, por otra parte, sí van a ser tenidas en cuenta en el trabajo que nos ocupa. De acuerdo con esta doble diferenciación temática, se observan dos partes bien distintas. En la primera de ellas (pp. 25-113), de contenido más estrictamente biográfico, y a su vez dividida en cuatro capítulos, podemos seguir, además de sus primeros años de existencia, estudios y estancia en Carmona a partir de 1757, sus contactos con el círculo ilustrado de Sevilla, amén de sus trabajos como individuo de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Igualmente, se investigan los acontecimientos de su vida madrileña desde que Trigueros se traslada a la capital a mediados de la década de los 80. Aquí va a desarrollar actividades literario-periodísticas por las que obtiene público reconocimiento, y que le facilitarán su ingreso en la Real Academia de la Historia en 1792. Sus tareas como académico de la historia, especialmente centradas en la epigrafía y las antigüedades, pronto pondrán de manifiesto la oposición de criterios entre el propio Trigueros y la corporación, de ahí su progresivo alejamiento de la misma y su falta de asistencia a las juntas desde 1796. Por entonces sólo le restaban dos años de vida. Trigueros iba a fallecer en 1798, fecha históricamente significativa, en la que ya la crisis política se revela profunda y comienza a vislumbrarse «un nuevo siglo, convulso y agitado, iconoclasta de los grandes mitos que habían venerado los hombres de la Ilustración» (p. 13).

Dotada de mayor peso dentro del conjunto de la obra, los trabajos literarios del biografiado serán la temática de la segunda parte, una producción que Aguilar Piñal aborda organizada en géneros, y acerca de la cual no incorpora juicio crítico alguno. Trigueros se introduce en el mundo literario a través de la poesía, aunque, en realidad, fue el teatro el campo que le resultó más atractivo, tal y como lo demuestran el medio centenar de piezas, originales, traducidas o refundidas, que Aguilar Piñal agrupa en tragedias, comedias, piezas breves, oratorios y críticas. Junto a ellas un importante número de escritos en prosa y, finalmente, los frutos de sus incursiones en el mundo de la crítica literaria.

Acompaña a estas dos partes un breve apéndice documental (pp. 329-358), en el que se publican cuatro cartas cruzadas entre Trigueros y Gregorio Mayans, el prólogo de Juan Domingo de Gironda a las refundiciones de seis comedias de Lope de Vega y, por último, una réplica de Trigueros a Juan Pablo Forner.

*Las connotaciones literarias, el bien hacer bibliográfico y, como com-*

pendio y superación de ambos, una orientación eminentemente histórica, vertebran esta reciente aportación de Aguilar Piñal al ámbito de los estudios en torno a la Ilustración española. Se trata de una obra erudita, excelentemente documentada y de estructura clara y sencilla, en la que su autor logra que los datos y acontecimientos superen el nivel de lo anecdótico y conecten, a través de una relación recíprocamente explicativa, con su entorno histórico. De ahí que no sólo debamos valorarla por ser una interesante biografía, sino también y, sobre todo, por su contribución a un mejor conocimiento de la historia cultural española en el siglo XVIII.

Teresa NAVA RODRÍGUEZ

NEGRÍN FAJARDO, O.: *Educación popular en la segunda mitad del siglo XVIII*. UNED, Madrid, 1987, p. 368.

Este libro es una de las partes fundamentales de su tesis doctoral, *La Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, presentada el año 1978 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. En la obra que ahora publica, el autor ha realizado algunas transformaciones formales y de contenido: suprime los apartados dedicados a las enseñanzas especiales; y que han sido objeto de varias publicaciones por parte del mismo autor.

Aunque el marco de referencia es más amplio, el objeto de estudio es la dimensión pedagógica y educadora de la Matritense; y en concreto las escuelas populares. El trabajo da a conocer un capítulo importante y hasta ahora poco conocido con detalle. Los límites cronológicos del estudio comprenden el período 1775-1808. El primer año señala la fecha de creación de la Matritense. El último, el comienzo del conflicto bélico; desde este momento las labores de la Sociedad se caracterizan por la irregularidad o el total colapsamiento. Aunque cronológicamente penetra en el siglo XIX, las actividades y fines de la Matritense no variaron en lo fundamental hasta 1814.

Las fuentes documentales proceden en su mayor parte del Archivo de la Real Sociedad Económica Matritense.

El libro está dividido en cuatro capítulos y estructurado en dos partes claramente diferenciadas. La primera, que puede ser considerada como una introducción, está integrada por los dos primeros capítulos, recoge en una visión histórica y de carácter general la génesis y desarrollo de las sociedades económicas, en particular de la Matritense. En el primer capítulo estudia los antecedentes nacionales y extranjeros, factores que influyeron en la creación de las sociedades, funciones y características generales. El segundo capítulo está dedicado a los aspectos más significativos que tuvieron lugar en torno al establecimiento de la Sociedad Económica Matritense: proceso de establecimiento, Real Orden de creación, regulación jurídica y ámbito pedagógico, creación de la Junta de Damas.